

Madrastra compartida (Cap. 11)

Tamara Santirso Gonzalez



Capítulo 1

Chusa cruzaba con poderío el paso de cebra. En su día libre le gustaba arreglarse y ponerse tacones. Se volvía a sentir salvaje e indomable.

El pitido de aquel coche estropeó momentáneamente esa sensación de ser dueña del mundo, pero se giró con elegancia y una mirada de soslayo procediendo a sacar lentamente la mano con el dedo preparado para el insulto mudo. Shakira cantaba "Te felicito" en los airpods, lo que ayudaba a girar con más clase. Su gesto manual estaba a la altura del ombligo cuando se encontró con el rostro del conductor y su cuerpo no había girado completamente. Un segundo tardó en reconocer a Telmo. Su descaro dio paso a la más aplastante vergüenza. La cara de Telmo pasó de la sonrisa amable a la sorpresa y, poco después a la carcajada. Le hizo señas para que le esperara en la esquina, Chusa, obediente, agachó la cabeza y se detuvo en el sitio indicado hasta que Telmo cambió de sentido y le abrió la puerta de su mercedes SLK.

-Sube que te llevo. - Le dijo a Chusa.

-No sabes dónde voy. - respondió esta.

-Sea a donde sea, hoy soy tu chófer particular. - Telmo coqueteaba descaradamente.

-Tendré que sacarte la peineta más a menudo, Conde. - replicó Chusa intentando no quedarse atrás en esa guerra de egos.

-Adoro las mujeres que me tratan mal. - Sentenció Telmo. Ella no supo que responder. En la batalla de flirteo era siempre una perdedora.

Tras aquella tarde hubo varios días de intercambio de mensajes por WhatsApp hasta que un día se despertó y decidió comprobar si él la echaba de menos, no envió el mensaje de buenos días y el nombre del Conde no se reflejó en su pantalla. Ni al siguiente. Parecía que si ella no abría la conversación él no estaba motivado a contactar con ella. Se sintió estúpida y una pesada.

A veces le surgía la duda de si lo que creía que había sido cortejo era puro colegueo.

En otros momentos la indecisión provenía del pensamiento de que quizá él opinaba lo mismo, que ella solo sentía colegueo y por eso solo respondía si ella le hablaba.

Ocasionalmente se convencía de que estaría ligando con otras mujeres, el Conde era demasiado guapo para no tener su público.

Era el flirteo de Schrodinger.

Era curioso que Carlos no parecía pertenecer a esta ecuación. Chusa y él llevaban la nada despreciable cifra de 9 años juntos. A día de hoy en su entorno era un gran hito. Sin embargo, tras la imagen de familia perfecta y unida en los problemas, Carlos y ella eran dos compañeros de piso. Carlos tenía un negocio de soldadura y pasaba mucho tiempo fuera de casa, lo que hacía que la carga del hogar recayese en ella casi al completo. Se sumaba a lo anterior el hecho de que Carlos veía natural pagar todos los meses 10€ en pachangas de fútbol con gente que apenas conocía, pero nunca quisiera pasar tiempo a solas con su mujer alegando que no tenían dinero para caprichos.

Cuando Carlos consiguió la custodia compartida realmente quien acababa jugando con Sofía era ella, compartían gusto por las Barbies y aficiones como el patinaje.

Es cierto que la niña la rechazó desde el principio, dejándolo perfectamente claro con un escupitajo el primer día que se conocieron.

Chusa sufría aquellas faltas de respeto hasta que una buena tarde de miércoles se plantó y le dijo a la niña: *No te voy a obligar a conocerme, cuando te apetezca jugar conmigo ven tu. Siempre querré jugar contigo.* Sofía comenzó a estar más relajada y durante un par de miércoles seguidos Chusa se quedaba en un segundo plano.

Pero tenía un as en la manga. Todos aquellos días compraba juguetes nuevos de lo que estuviera de moda entre los más pequeños. Dicen que la curiosidad mató al gato, pero unió a madrastra e hijastra en una base de respeto mutuo sin forzar su relación. Cuando llegó Hugo, el hijo de Chusa y Carlos, Sofía tenía 4 años y el título oficial de hija de alma.

Para ella separarse ahora de Carlos no era solo perder un marido, también a Sofía, pues por mucho que la quisiera no tenía derechos ni responsabilidades con ella. La genética tira mucho en leyes que no

entienden de sentimientos.

El Conde apareció una semana más tarde al cierre del bar. Mientras Chusa fregaba el suelo él tocó con los nudillos en el cristal. La cara de la dueña del bar reflejó una expresión de alivio y alegría cuando vio aquel flequillo canoso pegado a su escaparate, con aquellos ojos tiernos pidiendo permiso. Sintió un disparo de electricidad por su espalda y un cosquilleo en su abdomen. La sonrisa se abrió paso por su cara hasta sus ojos, agachó la cabeza para disimular su emoción. Cada paso era un triunfo, temblaba como una hoja, ¿Cómo pretendía explicar su silencio virtual? ¿Qué excusa sería más creíble? El recuerdo de como la miraba con su cabeza de lado escuchándola con toda su atención hacia que la suya no encontrase una mentira aceptable.

-Perdona, Conde, estoy cerrando, ¿necesitas algo? - Acertó a decir Chusa con un hilo de voz delator que, al menos, no temblaba como sus piernas.

-Vengo a por tabaco. - Telmo se abrió paso sin mucha resistencia a través de la puerta entrecerrada del bar, Chusa se apartó mientras él avanzaba vestido con unos vaqueros rectos con doblez hacia afuera, un jersey de cuello vuelto en un tono gris claro y, sobre este, una americana azul marino. Chusa se sintió muy pequeña con sus mallas negras y su camiseta de algodón básica. Cerró la puerta para que nadie más pudiera pasar, y entonces se dio cuenta.

-Pero si no fumas. - Aseveró Chusa.

-Lo sé. - Respondió él acercándose a ella.

Con su envergadura no le fue difícil arrinconarla contra la puerta de la cafetería. Cada vez más cerca el uno del otro, las respiraciones comenzaron a acelerarse, la cara de Chusa estaba a la altura del cuello de Telmo, la cercanía la obligó a elevar el mentón para poder mirar a los ojos del Conde y tantear sus intenciones. Sus ojos estaban abiertos de par en par sin entender bien que estaba ocurriendo y su boca entreabierta cogía una bocanada de aire al darse cuenta de que llevaba varios segundos con la respiración cortada. Él posó sus manos en su cintura y la atrajo hacia sí hasta que sus cuerpos entraron en completo contacto, sintiendo el calor que desprendían. La miró un momento a los ojos, calculando si su acercamiento estaba siendo correspondido. Chusa seguía sin reaccionar, miraba los ojos pardos de él y su vista rápidamente se distraía con sus labios finos y rosados, Telmo fijó su vista en la boca de ella, aún entreabierta y de nuevo sin aliento, ladeó un poco su cabeza y notó con alegría como ella, instintivamente la movía para poder encajar con él, se

acercó lo suficiente para sentir sus labios calientes sobre los suyos, un beso, dos, y una lengua que resbala tímida, tres, y por fin, con la humedad adecuada, sus bocas se abrieron y los ojos se cerraron dejando que sus cuerpos hablaran lo que no se atrevían a decirse por WhatsApp.

Entonces Chusa vio cómo la relación de hermanos de Hugo y Sofía se resquebrajaba, pero le dio igual, porque entonces no era madre/madrastra/ cuidadora, no. Entonces volvía a ser una mujer.